



RESENHA: VICH, Victor. **Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política.** Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2014, 136 p.

Mónica Bernabé¹

O ¿Ofrecer o quitar? Para Víctor Vich este es el dilema central desde el cual partir para la formulación de una política cultural eficaz: desculturizar. Cultura es una noción ambigua, cargada ella misma de una serie de contradicciones que este libro se propone desentrañar. Entenderla como capital simbólico sería correcto, pero insuficiente. La cultura es además un *habitus*, un conjunto de creencias y prácticas que nos han socializado, es un estilo de vida que hemos naturalizado, que nos ha constituido como lo que somos y que tendemos a reproducir y que tiende a neutralizarnos. La noción de cultura, como sostiene Terry Eagleton, contiene una irresoluble tensión interna entre producir y ser producido, esto es, refiere tanto a una forma de control social, de disciplinamiento y reproducción de reglas como a la capacidad de crear algo nuevo para cambiar la vida. Si somos producidos como sujetos por algo que nos antecede, desculturizar – en los términos que lo propone Vich – es la posibilidad de atender contra los estereotipos culturales, contra el sentido común,

contra lo naturalizado, contra las complicidades de la cultura con el poder. De ahí que todo proyecto de política cultural que trabaje para la justicia social debería comenzar por hacer visible la articulación entre cultura y la dominación, es decir, la observación de los factores económicos, políticos y sociales que generan la desigualdad en el capitalismo.

“Sobre cultura, heterogeneidad, diferencia y poder” es el título del primer capítulo donde Vich reflexiona sobre una serie de palabras claves que articulan las argumentaciones del libro. Desculturizar significa dejar de preguntar por la identidad y accionar por darle visibilidad a las diferencias, a las exclusiones, a los que restan. De ahí que desculturizar sea poner en cuestión las políticas de lo mismo viabilizadas por los Estados latinoamericanos en el momento de formular sus imaginarios nacionales hacia fines de siglo XIX tanto como a las políticas del actual multiculturalismo que celebran la pluralidad para proponer “inclusión” y “respeto” sin afectar el marco de la desigualdad dominante. “¿Cómo podríamos articular – pregunta Vich – una política cultural que respete la diferencia y que, al mismo tiempo, no caiga en el relativismo situado en el corazón mismo de los impulsos populistas? Uno de los temas relacionados con el relativismo es el de la peligrosa *inflación* de lo cultural que desemboca en el marketing de lo diferente que alienta la agenda del capitalismo postindustrial. Superar el relativismo consistiría en postular una política cultural sustentada en la crítica al funcionamiento del poder que invisibiliza las desigualdades.

El tema de la cultura en América Latina está asociada, desde los comienzos de la conquista, con la problemática de la identidad, es decir, con la imaginación de un otro casi siempre amenazante. Este es el eje del segundo capítulo, “Lo intercultural, lo subalterno y la dimen-

sión universalista” donde Vich puntea la agenda de los problemas centrales para el desarrollo de las políticas culturales en América Latina, en particular, de la emergencia de los particularismos que terminan imaginando un otro casi siempre amenazante. La cuestión de las identidades remite a una noción de cultura como algo autogenerado, que al decir de Fredric Jamenson, termina en el conjunto de estigmas que un grupo porta frente a los otros, más aún, toda identidad ha sido constituida sobre la base de un antagonismo difícil de controlar. En este punto, el análisis de Vich recurre a los aportes del psicoanálisis lacaniano reactivados por Slavoj Žižek a los fines de argumentar sobre las estrategias de desculturización de la cultura: “El sujeto, en efecto, recibe un conjunto de leyes – la “masculinidad”, el “gusto”, y la “propiedad”, por ejemplo - y debe identificarse con ellas aunque las resista inconscientemente” (p. 45). Junto con muchos otros investigadores, Víctor sostiene que las identidades son un rol, una *performance*, que cumplimos y que va transformándose con el tiempo. En este sentido, apelar a la teoría de la *performance* es abrirse a una posibilidad política, vale decir, perfilar un dispositivo de transgresión ante la normatividad impuesta. Las identidades se diseminan en distintas posiciones y roles: uno puede ser argentino y también puede ser indio, pero también puede ser mujer y desempleada. Entonces, la identidad deja de ser una identificación fija e impuesta para volverse una categoría relacional en tanto que resultado de un complejo proceso de interacción entre muchos factores sociales y políticos.

Esta dimensión relacional de la identidad está estrechamente vinculada a la definición de la *interculturalidad*, un aspecto de la teoría que tiene consecuencias radicales para el diseño de una política cultural resistente a la opción de lo “políticamente correcto” que propone

el poder homogeneizador: “Un proyecto intercultural (...) promueve la agencia de las culturas marginadas y puede activar procesos de desubalternización y descolonización social” (p. 47). Con respecto a esta última propuesta, Vich alerta rápidamente sobre los peligros de la recaída en el etnocentrismo que suelen acarrear ciertos “esencialismos locales que en lucha por alcanzar mayor inclusión social, terminan por producir la ilusión de una identidad cerrada donde el otro siempre se figura como un enemigo”. Si muchas veces la posibilidad de construir nuevas relaciones se encuentra boicoteada por los mismos involucrados, lo que importa es subrayar que “las políticas culturales tienen como reto preguntarse tanto por la *diferencia* como por la *igualdad*” (p. 49). De ahí que la interculturalidad es un concepto que también debe apuntar a la semejanza, al estar en común en medio de las diferencias aunque sin olvidar que en general, los diálogos ocurren en un contexto marcado por la dominación y la desigualdad económica.

Vich pone énfasis en la economía política para pensar las prácticas culturales y resistir a las nociones de autonomía de la cultura. De ahí que su análisis no rehúya traer a presencia la idea de *clase social* que, si bien en la actual coyuntura histórica resulta difícil definirla dentro de los paradigmas clásicos, resulta imprescindible para pensar los antagonismos presentes en la disputa por los sentidos en el sistema de des-distribución impuesto a escala global por el capitalismo neoliberal. El planteamiento de la cuestión del otro en relación a las formas del ejercicio de poder deriva en una consideración de las múltiples dimensiones de la sujeción para lo cual Vich retoma las discusiones contemporáneas sobre la categoría de *subalternidad*. En este sentido, la complejización de la constitución de las clases sociales llevan intrínsecos los problemas de la

etnicidad (y la racialización de las fuerzas laborales) y los problemas de género (y el costado reproductivo de la sociedad patriarcal).

Si bien la interculturalidad parece situarnos en el ámbito de la sociedad civil, el de la subalternidad está asociado al Estado-nación en tanto impugna dicho proyecto por haber defecionado de su rol histórico. Lo interesante de la propuesta de Vich es que piensa a las políticas culturales en términos de articulación de diversos actores que trabajan en diferentes escalas: la sociedad civil, el Estado y el mercado a los fines de interculturalizar las instituciones, las leyes, la vida cotidiana, los grupos de personas.

Los riesgos de gestionar constituyen los ejes del análisis del tercer capítulo. Allí se postula que la política cultural no puede limitarse a lo meramente administrativo sino que se constituirá como tal en la medida que se proponga el desafío de afectar las bases del orden estatuido. Es decir, una política cultural es una política de intervención social que promueve cambios en los imaginarios sociales, en los sentidos comunes, en la producción de subjetividades. Por esto, otra de las preguntas centrales del libro gira en torno de los destinatarios de las políticas culturales. ¿Las políticas culturales tienen afán educativo? ¿Sirven para formar a la gente? ¿Para orientar sus gustos y consumos? ¿Para fomentar valores y actitudes progresistas? La respuesta a estos interrogantes será clave para cualquier política que aspire a un cambio radical: si la realidad, como sostiene Žižek, no es algo exterior a la ideología sino que hay que entenderla como una entidad que ha sido configurada y producida por la ideología misma, las políticas culturales deberán “apuntar hacia el tipo de socialización hegemónica, es decir, a las fantasías ideológicas que sostienen el orden social” y ya no a sujetos aislados (p. 75). Las políticas

culturales, entonces, constituyen prioritariamente una tarea de desconstrucción de los imaginarios que la sostienen como si se tratara de algo natural y definitivo. Se trata de desmontar los intereses autoritarios y patriarcales, las matrices del racismo y la discriminación, las estructuras de sometimiento social. De ahí que entre las ideas que alienta el trabajo de Vich adquiera especial relevancia la noción de la *cultura como recurso* de George Yúdice y el giro epistemológico que tal definición impone a la gestión: no sólo se trata de articular los distintos actores sociales sino que fundamentalmente enunciar diferentes narrativas que permitan superar la crisis actual de representación política y renovar la esfera pública generando nuevos recursos simbólicos.

Vich parte de la misma constatación que hace unos años registró Eagleton: “es mucho más fácil mover montañas que cambiar los valores patriarcales. La clonación de ovejas es un juego de niños comparado con tratar de persuadir a los machistas de que abandonen sus prejuicios. Las creencias culturales son muchos más difíciles de arrancar que los bosques” (p. 92). Para tales cometidos es imprescindible la formación de una nueva generación de gestores culturales que articulen estrategias para la desidentificación con lo establecido y desestabilización de los imaginarios hegemónicos. También se necesitan herramientas para que los pueblos puedan formular relatos alternativos. En este sentido, el trabajo en el área de cultura – dice Vich - ya no será entendido como la organización de eventos sino como la configuración de un proceso y un conjunto de intervenciones sociales que trascienden la simple suma de espectáculos o de actividades desconectadas entre sí. Intervenir es una acción que tiene un alcance político sustancial: supone dar a ver, traer a presencia un asunto que afecta la vida comunitaria: la discriminación racial, la

violencia política, las opciones sexuales, los problemas ecológicos, la discusión de las ideas de progreso y desarrollo, entre otras. En este sentido, la gestión cultural se aproxima al concepto de *curaduría*, es decir, la acción de “seleccionar objetos simbólicos y construir con ellos guiones según la temática en la que se haya decidido intervenir” (p. 93).

Algo más: la cultura alcanza una dimensión transversal a la sociedad por lo que es necesario tomar como objetivo fundamental la acción de desocultar las dimensiones culturales de lo que aparentemente se presenta como no cultural: las políticas de vivienda, los proyectos mineros, las políticas de seguridad, los derechos laborales apuntan a la calidad de vida, que también es una reivindicación a todas luces cultural. En consecuencia, la cultura debería ser el agente coordinador y constitutivo de las demás políticas sociales al tiempo que estructurante de distintos sectores: el trabajo, la salud, el desarrollo urbano o medio ambiente: “no puede haber una política cultural relevante si no participa en las decisiones sobre las políticas económicas [...] Ninguna política económica es jamás, en efecto, algo simplemente económico. Las medidas económicas producen subjetividades acorde a sus propios intereses, pues llevan implícito un ideal de la vida en sociedad y una definición del individuo que siempre se puede cuestionar” (p. 96).

Entonces, ¿para qué sirven las políticas culturales? Está claro que ellas no van a resolver los problemas sociales pero sí pueden reformular los problemas mismos, modificar el marco ideológico desde los cuales ellos son percibidos. Desculturizar la cultura es comenzar a construir una nueva política que active los mecanismos que nos permitan ser “más justos ante los demás y ciertamente más críticos de nosotros mismos” (p. 21). *Desculturizar la cultura* supone

abandonar nuestros propios prejuicios, los esquematismos, los dogmas cristalizados, los valores vaciados de sentidos. Nada más acertado, entonces, que repetir el epígrafe con el que Víctor Vich retorna al pensamiento intempestivo de Friedrich Nietzsche:

-Yo traigo a los hombres un presente.
-No les traigas nada –dijo el santo-.
Antes bien, ¡quítales algo!

Recebido em 14/01/2015
Aprovado em 15/02/2015

1 Mónica Bernabé, professora da Universidad Nacional de Rosario, Argentina Contato: monicabernabe02@gmail.com